

La hora de las cabezas cortadas LN-15-10-87

Madrid. Magnífico. Oscar Arias se lo merece. Pudieron más su inteligencia y su tesón que las indecisiones de Cerezo, el *aytolismo* de Ortega, o las reservas de Azcona y de Duarte. Es verdad que la inesperada propuesta de Reagan —una absurda torpeza diplomática— aceleró el acuerdo, pero el éxito de esta primera ronda hay que atribuirlo al talento y a la energía desplegadas por Arias.

Sólo que ahora comienza el pulso realmente peligroso. Arias ha dicho —y con razón— que la clave de la paz centroamericana está en la democratización de Nicaragua. Si en Nicaragua funcionase un parlamento libre, diversos partidos políticos, prensa crítica sin trabas, y libertad de comercio y movimiento, no habría nada que temer del gobierno de Managua. Dentro de un modelo occidental de sociedad es imposible la consolidación de la URSS en el istmo o el establecimiento de un régimen calco del cubano. Los comunistas siempre han perdido las elecciones en América Latina, y en Nicaragua difícilmente alcanzarían el 10 por ciento de votos dentro de un proceso electoral realmente libre. Por eso Oscar Arias quiere democratizar a su vecino. Sencillamente, con la ayuda de las otras cuatro democracias centroamericanas, se propone pasar por las urnas a los dirigentes sandinistas. Quiere destruirlos con votos.

El problema es que Daniel Ortega y sus cómplices también comparten este análisis. Ellos saben que la democracia es el fin del proyecto marxista leninista, y que en un proceso político verdaderamente libre, las fuerzas moderadas prooccidentales los barrerían del poder irremisiblemente. Y Daniel Ortega, que es un hombre consecuente con sus ideas, no ha hecho una revolución comunista para entregar el poder mansamente a los adversarios del sistema en el que cree ciegamente. Ese tipo de "extraña" conducta pertenece a la esfera de las corrompidas *partidocracias* burguesas, y no hay un sólo dirigente sandinista que, por las buenas, piense abandonar un poder duramente conquistado a cañonazos.

Por supuesto, esto lo saben perfectamente los cuatro presidentes demócratas de Centroamérica, porque —afortunadamente— se trata de personas inteligentes y con buena formación ideológica. No hay tontos ni ilusos en el grupo. Incluso, los cuatro están conscientes de la táctica que Managua pondrá en práctica para proseguir sus planes totalitarios: aguantar el chaparrón hasta noviembre del 88.

Saben que Ortega, para consolidar su sucursal cubana, se propone ganar tiempo y llegar a las elecciones norteamericanas del año próximo porque cualquier presidente que suceda a Ronald Reagan en la Casa Blanca, republicano o demócrata,



CARLOS ALBERTO
MONTANER

Las cuatro democracias que se reunieron con Nicaragua en Esquipulas saben que la paz sólo se logrará si Nicaragua se democratiza, pero también saben que Ortega no se propone cejar en su empeño totalitario. Al mismo tiempo, después de noviembre de 1988, debido a las elecciones norteamericanas, desaparecerá la capacidad de presión sobre Managua.

relegará a un segundo plano la hostilidad entre Managua y Washington, como ocurrió con Cuba, hace casi treinta años, cuando Eisenhower y Kennedy desaparecieron de la escena y con ellos la voluntad norteamericana de erradicar al castrismo. Los gringos —al contrario de los soviéticos— son peleadores de *clinch*. Sólo aguantan distancias cortas y pocos asaltos. Se agotan rápidamente.

Y para llegar indemne a noviembre del 88, Ortega sólo tiene que hacer algunas concesiones menores. Reabrir *La Prensa*, por ejemplo, aunque censurándola férreamente, o anunciar algún tipo de confuso proceso electoral para 1989, combinado con unas cuantas maniobras de distracción publicitaria: "foros para la democratización", vistas públicas sobre la reconciliación o alguna sonada convocatoria de esa amable colección de tontos bondadosos que suele reunirse bajo los auspicios de la Internacional Socialista.

Y mientras tanto —como saben Arias, Azcona, Cerezo y Duarte—, Ortega continuará armandose, disciplinando su ejército y —sobre todo— aumentando el control de la población mediante el perfeccionamiento de los muy eficientes métodos represivos de la Seguridad del Estado.

En los primeros seis meses de este año, la URSS ya le ha entregado a Managua 500 millones de dólares en armamentos. Ocho veces más de lo que Estados Unidos le entregó a Nicaragua en cuatro décadas de dinastía somocista, y una cantidad suficiente como para que —en su momento— los nicaraguenses puedan intimidar a sus vecinos sin el temor a posibles represalias, porque ya Managua cuenta con un aparato militar más poderoso que los de las cuatro democracias combinadas de toda la región.

Esto quiere decir que noviembre de 1987 no es sólo una fecha clave en la consolidación del marxismo-leninismo en Nicaragua, sino es también el momento en que toda Centroamérica quedará a merced de la voluntad intervencionista de Managua. A partir de ese instante, como hace La Habana con Colombia o Puerto Rico, los nicas, sin ningún miedo, pueden organizar guerrillas o terroristas y enviarlos a Costa Rica, Honduras, El Salvador o Guatemala. O pueden, como ya han ensayado, sacudir impunemente con bombas el centro de San José, o remitir tropas internacionales a cualquiera de los cuatro países, como sus maestros cubanos en Africa o los admirados vietnamitas en toda la Península Indochina.

Pues para eso —como decía el Che Guevara— y no para succionarse dócilmente el pulgar, se es un revolucionario marxista-leninista en el Tercer Mundo.

De manera que ahora los cuatro presidentes centroamericanos, que han tenido el admirable valor de asumir el destino de la región en sus manos, desarmando de *facto* a la contra y debilitando casi totalmente el liderazgo de Washington, tienen que impedir rápidamente, que Managua les juegue la cabeza. Porque después de noviembre de 1988, sin Reagan y sin Contras, a lo mejor se las corta. Y entonces nadie podrá evitarlo, como no ignoran los cinco presidentes que se reunieron en Esquipulas.